

nuestro amor y gratitud al Sr. D. Pedro Escobedo, que protestando solemnemente, como lo hacemos ante la Junta general de estudios, ante V. S. y los dignos profesores que con tanto acierto nos dirigen en el cultivo de las ciencias médicas, que por nuestra parte procuraremos siempre corresponder con todo empeño á los esfuerzos que se hacen por nuestros adelantos, y fecundar con nuestra laboriosidad y aplicación, el gérmen de ciencia y virtudes que con su ejemplo depositó en nuestro seno, el profesor que desde el cielo nos mira y desde allí nos continuará la proteccion que nos dispensaba en la tierra.—*Dije.*

ELOGIO FÚNEBRE

PRONUNCIADO POR EL SR. D. MANUEL CARPIO, VICE-RECTOR DEL COLEGIO MÉDICO EN EL DE SAN ILDEFONSO, EL DÍA 15 DE FEBRERO DE 1844.

Esco. P.

Era costumbre antigua entre los pueblos dar cierta especie de culto á los muertos, culto inspirado por el amor, ó bien por la gratitud y el respeto: este sentimiento tan laudable en las familias y naciones, degeneró de su sencillez primitiva por aquel espíritu de insensatez y de vértigo tan comun en nuestra raza, y se llegó á inventar el apoteosis por la que los vivos divinizaban á los muertos; menos en Roma,

donde se necesitaba un decreto del senado para aumentar el número de los dioses: así el divo Julio César, que como dice un escritor, no hubiera logrado ni sepulcro, tuvo templos y altares por una casualidad, por la casualidad de que entonces era cónsul Marco Antonio.

Los deberes piadosos para con los muertos, deberes consagrados por todas las religiones, han pasado siglo por siglo hasta nosotros. Este pensamiento tan sublime como universal, prueba que las almas son acreedoras por sus virtudes domésticas y públicas á la memoria y homenajes póstumos de los hombres. Retribucion justa y debida á las personas que consagraron su vida á la felicidad de sus amigos, de los estraños ó de la patria: este honor que por un lado es una compensacion del mérito, es asimismo por otro un estímulo mas, que debe darse á los vivos, presentándoles cuadros interesantes de hombres honrados y benéficos, cuya buena conducta ecsige imitar las acciones nobles y generosas. Por esto en el cerámico de Aténas se recitaban elogios fúnebres en memoria de los soldados muertos en defensa de la república, uso á que debemos la oracion del bravo y elocuente Pericles. Ved aquí un motivo semejante que nos ha reunido en el lugar, á saber; quemar un poco de incienso á la beneficencia pública y privada del Sr. D. Pedro Escobedo, y animar así á la juventud médica á seguir las huellas gloriosas de aquel estimable profesor.

Duro y penoso es volver los ojos atras para contemplar el cuadro de la literatura mexicana en tiem-

po de los vireyes. Por causas multiplicadas, que no es del caso referir, miró la corte con desdeñosa frialdad, y á veces con aversion, los conocimientos profundos, señaladamente de las ciencias naturales, y puso sobre ellas una mano ardiente que secó sus hojas y sus frutos y sus raices, como hace con las plantas el viento del desierto. Se daba la enseñanza bajo planes truncados, y con métodos embarazosos é incoherentes, sin libros, sin proteccion y hasta sin esperanzas: de semejante estado de cosas, no podia resultar en los jóvenes sino una especie de indiferentismo literario y el desaliento y el fastidio, y un mortal desconuelo, porque es inconsolable la desesperacion. Esto no quiere decir que aun en medio de tan grave desconcierto, faltasen genios resueltos y laboriosos que con sus esfuerzos personales se sobrepusiesen á su siglo, y manifestasen que la asiduidad en el trabajo arrastra con todos los obstáculos que le opone la naturaleza y la sociedad. No era dable que el alma generosa y positiva del Sr. Escobedo se quedase impasible y tranquila, cuando hecha ya la independenciam, empezaban á agitarse y combinarse los elementos de las cosas, como allá en el antiguo caos: este hombre conoció que la transicion vigorosa que acababa de efectuarse en la política, debia refluir en la suerte de las ciencias; y como veia bastante claro, llegó á entender, que aunque difícil, no era impracticable la reforma en la enseñanza de la medicina. Como esta idea noble era filantrópica, les ocurrió tambien á otros amigos suyos, que cual él, deseaban vivamente los adelamientos de la profesion y el bien de la huma-

nidad, y les fué tan fácil combinarse en los planes, como embarazoso ejecutarlos: pasiones é intereses, preocupaciones, y aun candores, se cruzaron y chocaron de mil maneras, y la fuerza resultante de aquellos elementos retardó inmensamente el movimiento de reforma que debiera ser natural. El Sr. Escobedo emprendió la obra, y no levantó de ella la mano hasta su muerte. Admira aquella tenacidad, aquella buena fé, aquel desinterés que siempre manifestó en su proyecto; y solo viéndolo puede creerse que en mas de veinte años de trabajo y porfia para llevarlo al cabo, no se notase ni desaliento ni frialdad; y es que le tocó una alma fuerte y buena, incansable y honrada. Fundado ya el establecimiento en 833, aun le quedaban á este benemérito profesor fatigas que sufrir y obstáculos que vencer, porque una empresa nueva está siempre rodeada de enemigos ó de descontentos, ó de gentes que tienen el oficio tan triste como estéril de censurarle todo; y de aquí que llevara la escuela sacudimientos tan fuertes, que á no ser por la constancia del Sr. Escobedo y de sus compañeros, habria venido á tierra el edificio; pero la firmeza de su voluntad resistia las tempestades, al paso que negociaba á favor de sus proyectos en diversos ministerios entre sus numerosos amigos con heroica importunidad. Mientras trabajaba por afuera, dedicaba horas preciosas al servicio interior de su cátedra, con tal desprendimiento, que por algun tiempo, lejos de recibir sueldo, hacia desembolsos de su parte como el resto de los catedráticos. Aquí es preciso rendir un homenaje puro y sincero de la efusion

de nuestra gratitud al Sr. D. Luis Gonzaga Vieyra, amigo y protector el mas resuelto y afectuoso de la Escuela de medicina de México, pues con la mayor espontaneidad se empeñó en los adelantos de la ciencia, dispensando, no solo amparo á su estudio, sino tambien distiguada amistad á los profesores, y entre ellos al Sr. Escobedo, cuyo mérito no podia ocultársele.

No era aquella la vez primera que este profesor estimable dedicó sus importantes tareas á la enseñanza pública: desde antes de la fundacion del colegio, ya habia servido con su eficacia acostumbrada la cátedra de operaciones, establecida y sostenida á espensas del filantrópico profesor D. José Ruiz. En ambas épocas de enseñanza práctica adquirió aquella destreza, aquella facilidad y aquella confianza tan necesarias á un cirujano, bien que ya contaba naturalmente con cierta propension irresistible á este ramo de la medicina, ramo que, lo diré de paso, cultivó con mas ardor y con resultados mas honoríficos.

Entre los objetos de su predileccion ocupaba la juventud médica un lugar muy señalado: no satisfecho demasiado con las lecciones que daba en la cátedra, prestaba, y á veces donaba á los discípulos, libros, estampas é instrumentos; y no es difícil que se hallen aquí presentes algunos á quienes auxilió de otros modos. Así es, que á fuerza de cariño y de bondades se atrajo el justo aprecio de los jóvenes que miraban reunidos en él los títulos amables de maestro, de protector y de padre; y de esta manera se esplican las sensaciones fuertes y apasionadas que han manifes-

tado los alumnos al recibir la noticia de su muerte; sensaciones tanto mas verdaderas, cuanto que de un muerto nada puede temerse ni esperarse.

A consecuencia de los numerosos vaivenes que sacudieron á la Escuela de Medicina, llegaron á cerrarse las cátedras: este golpe, que hirió en lo mas vivo el corazon de Escobedo, lejos de abatirlo, lo animó nuevamente á reunirse con sus compañeros para formar el plan de una Academia de Medicina, donde los profesores pudiesen establecer un comercio de luces en obsequio de la humanidad. Con este espíritu de propagandismo se fundó aquella asociacion, cuyo primer pensamiento fué la creacion de un periódico. Ambas empresas demandaron trabajo y constancia, deferencias y dinero; pero aquel hombre perseverante concurrió á las tareas académicas, y concurrió á los gastos. Seis años han corrido desde aquella fundacion, y el periódico ya consta de seis tomos. Su publicacion ha tenido influencias últimamente trascendentales, y ha propagado conocimientos positivos, que sin esto se habrian quedado en el gabinete de pocos: se leen allí observaciones que ciertamente faltan en los libros, y las discusiones científicas respiran sinceridad filosófica: confesamos modestamente que no son muchos los descubrimientos, desconuelo que nos es comun con todo el género humano, porque la naturaleza es tan indócil como caprichosa, y rara vez está para descubrir un misterio; antes bien al parecer se complace en mortificar la soberbia de los filósofos.

Cuando se observaba la conducta profesional del Sr. Escobedo, se notaba en medio de su seriedad,

que algunos equivocadamente calificaron de orgullo, cierta franqueza, cierta humanidad y cierta dulzura que no se pintaban de pronto en su semblante; pero que despues se conocian sin csfuerzo y animaban la confianza de los enfermos. En el lecho del dolor era donde se desplegaba su oficiosidad y filantropía, rogando, persuadiendo y consolando á los pacientes, que en varios casos suelen necesitar menos de los remedios que de la expansion del espíritu. Nunca su casa estuvo cerrada para los pobres; antes bien encontraban allí á un hombre afable y compasivo, que sacrificaba por ellos el descanso que necesita la naturaleza fatigada. Otra de sus mas brillantes cualidades era la modestia en sus opiniones científicas, modestia que lo estrechaba á consultar con sus compañeros aun en materias que no podia ignorar; de lo que yo seria capaz de citar algun ejemplo.

Mal satisfecho este profesor laborioso con los beneficios que hacia á la sociedad como médico, quiso tambien favorecerla de otro modo, animando con su amistad, con sus elogios y con buenos oficios, á los profesores de las bellas artes, las que formaban sus delicias, señaladamente la pintura, de la que era grande apreciador. Como hombre apasionado de la instruccion pública, perteneció á diversas asociaciones, á la Escuela Lancasteriana, al Atenéo, á la Academia de las Bellas Artes, y tuvo aun el honor de ser sócio corresponsal de las academias reales de Madrid y de Paris. ¡Premio digno de su amor á las letras!

Que un hombre arrebatado por interes, por la ambicion ó por el encanto del placer, proyecte, se fatigue

y aun desatienda sus negocios, es cosa que todos entendemos sobrado; pero que éste mismo trabajo, su- de y haga erogaciones sin mas motivo que el bien de los demas, de quienes segun los cálculos de probabilidades, no debe esperar demasiado, es cosa que pocos podrán concebir. Por fortuna los afanes del Sr. Escobedo correspondieron á sus deseos; los jóvenes médicos, así como sus conciudadanos, le manifestaron durante su vida y despues de su muerte, los sentimientos mas puros y esplicitos de su afectuosa gratitud. Del Sr. Escobedo, nadie podrá decir lo que uno dijo de Rousseau: “De en medio de tu lóbrego retrete, donde desprecias el fausto de los Platones, he oido tu voz solicitar estátuas.” Nadie, repito, podrá decir de él semejante calumnia; su alma generosa y noble hacia el bien por solo el placer de hacerlo, como que se hallaba penetrada del mas honesto des-interes, y aun es de presumirse que sus bondades no siempre tenian origen en las máximas filosóficas de Pórtico y del Liceo, sino en otras mas sublimes y puras que solo pueden venir del cristianismo; así es que jamas sintió la amargura de un escepticismo congojoso, y vió con desprecio á la escuela enciclopédica.

Considerado como ciudadano, sentia vivamente los reveses de la república y le amargaban sus desastres. Su opinion política era la del justo medio, porque distaba tanto de los furoros democráticos, como de la servidumbre pasiva: no habia nacido, en efecto, con alma de tribuno, ni tampoco de pretoriano; así es que si hubiera vivido en la antigua Roma, ni habria sido amigo de los Gracos ni tampoco de Lucio Sylva. Cuan-

do el gobierno, conociendo su mérito, le dispensó agrado y favores, este mexicano virtuoso, lejos de labrar su fortuna y de salir de su modesta mediocridad, solo pensó en servirse de su valimiento á beneficio de los necesitados y de su Escuela de Medicina. Los que lo trataban de cerca, saben bien con qué empeño y cordura usaba de su ventajosa posición á favor de los demas.

Un hombre tan benéfico y tan consagrado á los progresos de las ciencias, de las artes y al beneficio de los menesterosos, no debia morir tan temprano; pero á Dios le pareció otra cosa. Fué tronchado como la flor del campo en la frescura de su edad, y cuando todas las apariencias estaban anunciando una larga vida, en que se hubieran desenvuelto mas y mas los gérmenes de beneficencia que de continuo brotaban de su corazón. En su dilatada enfermedad agotó una tras otra las copas del dolor; pero yo creo que en sus grandes tristezas conservaria el consuelo que da la virtud y la esperanza de volar á la region de los justos.

Al llegar á México la noticia de su muerte, se puso en evidencia el aprecio universal de sus conciudadanos, porque fué tambien universal el sentimiento y tristeza de cuantos eran amigos ó conocidos suyos. Bien pudo suponerse que tal desastre causaria alguna amargura y dolor; pero jamas pudo sospecharse que fuese tan profunda la sensacion en la ciudad, ni que llegasen las demostraciones de aprecio á dedicarle pompas fúnebres como estas hasta hoy inusitadas.

Y en verdad que nada es mas justo y natural que sentir la muerte de un hombre honrado y lleno de beneficencia, fundador de la Escuela y de la Academia de medicina; de un hombre protector pacífico de la juventud á quien conservó sus tareas; de un hombre apreciador de las bellas artes, que sabia admirar al Apolo de Belvedere y la Victoria de Constantino en el de Tiber; un hombre, en fin, amigo del género humano á quien amaba, consolaba y servia con la mas bondadosa cordialidad, y de quien podria decirse como amigo de la ilustracion, que era bueno entre los buenos, y el primero entre los primeros.

En nada se parecia el Sr. Escobedo á los héroes ruidosos que se hicieron célebres por sus brillantes delitos ó por su magnífica soberbia; pero sí pudiera compararse al virtuoso Sócrates, porque uno y otro vieron pacíficamente, y ambos dieron lecciones y ejemplos de benevolencia, de moderacion y de una muerte tranquila; con la diferencia de que el filósofo griego tomó el zumo de la cicuta en una edad avanzada y vacía de esperanzas; pero el Sr. Escobedo, consumido por su enfermedad, vino á morir en edad floreciente; y cuando entre los honores públicos y el aprecio general se le presentaba un horizonte sereno pintado de los colores mas ricos y brillantes, ¡el desgraciado ignoraba que ya no volveria sino muerto á esta ciudad, ni podria dar siquiera otro abrazo á sus amigos!

¡Qué cierto es que el tiempo y la muerte acaban con todo, desde el insecto hasta el héroe, y desde la

choza al palacio! En las magníficas tumbas de los Faraones enciende el árabe su hoguera; y el soberbio foro romano, donde se decidía de la suerte de los monarcas y de los pueblos, según los viajeros, es un mercado de bueyes. De este modo enseña la Providencia la nada de las cosas humanas. ¡Lección terrible que pone en claro el precio de la virtud, único bien que immortaliza honrosamente á los hombres! Tal será la suerte del Sr. Escobedo, á quien se le pudiera aplicar aquel hermoso pensamiento de Pericles en la oración fúnebre de los atenienses muertos en la guerra del Peloponeso: “La tumba de los hombres ilustres, decía, es el universo entero: ella no se hace notable por inscripciones grabadas en las columnas de un sepulcro privado; antes bien, aun en países extranjeros y sin necesidad de epitafio, se conserva mejor su memoria en las almas, que sobre monumentos fastuosos.”



EL SR. D. GUILLERMO PRIETO LEYÓ LA SIGUIENTE

COMPOSICION POÉTICA.

ESCOBEDO.

Y huyó... y es cierto? y en mi oído suenan
Los golpes de la tierra que cubría
Sus míseros despojos. Mis entrañas
Temblaban de dolor. ¡Silencio! duerme:
No interrumpais del bienhechor el sueño
Con importunas quejas de cariño:
Duerme tranquilo, duerme como un niño
En el seno de Dios. Voló su vida
Al beso de respeto que la muerte
En su frente imprimió. Duerma felice.

Yo al mirarlo en el féretro elevado,
Al brillo de la cera amarillenta
Al sollozar la música sonora,
Con cánticos de amor y de alabanza;
Al caer en las nubes del incienso
La luz incierta del opaco día,
Como mirada débil de esperanza
Esperaba su voz... que levantando
Aquella frente pálida y augusta,
Dijera al mundo con solemne acento:
“El alma es inmortal, tras ese velo
“Con que la muerte esconde sus arcanos,
“A la mirada audaz de los humanos
“La eternidad se eleva justiciera,

choza al palacio! En las magníficas tumbas de los Faraones enciende el árabe su hoguera; y el soberbio foro romano, donde se decidía de la suerte de los monarcas y de los pueblos, según los viajeros, es un mercado de bueyes. De este modo enseña la Providencia la nada de las cosas humanas. ¡Lección terrible que pone en claro el precio de la virtud, único bien que immortaliza honrosamente á los hombres! Tal será la suerte del Sr. Escobedo, á quien se le pudiera aplicar aquel hermoso pensamiento de Pericles en la oración fúnebre de los atenienses muertos en la guerra del Peloponeso: “La tumba de los hombres ilustres, decía, es el universo entero: ella no se hace notable por inscripciones grabadas en las columnas de un sepulcro privado; antes bien, aun en países extranjeros y sin necesidad de epitafio, se conserva mejor su memoria en las almas, que sobre monumentos fastuosos.”



EL SR. D. GUILLERMO PRIETO LEYÓ LA SIGUIENTE

COMPOSICION POÉTICA.

ESCOBEDO.

Y huyó... y es cierto? y en mi oído suenan
Los golpes de la tierra que cubría
Sus míseros despojos. Mis entrañas
Temblaban de dolor. ¡Silencio! duerme:
No interrumpais del bienhechor el sueño
Con importunas quejas de cariño:
Duerme tranquilo, duerme como un niño
En el seno de Dios. Voló su vida
Al beso de respeto que la muerte
En su frente imprimió. Duerma felice.

Yo al mirarlo en el féretro elevado,
Al brillo de la cera amarillenta
Al sollozar la música sonora,
Con cánticos de amor y de alabanza;
Al caer en las nubes del incienso
La luz incierta del opaco día,
Como mirada débil de esperanza
Esperaba su voz... que levantando
Aquella frente pálida y augusta,
Dijera al mundo con solemne acento:
“El alma es inmortal, tras ese velo
“Con que la muerte esconde sus arcanos,
“A la mirada audaz de los humanos
“La eternidad se eleva justiciera,

“Y solo Dios y la virtud impera....”

.....

Deja inmóvil el párpado y descansa,
Que tu sueño es de paz. Mil y mil veces,
Como arcángel del bien, velaste el lecho
Del moribundo dándole consuelo:
Adunando la ciencia y la ternura,
Restituyendo á la familia amante,
Al padre de su amor y su ventura.
Y te miró con gozo el tierno infante,
Que huérfano infelice se lloraba;
Tus rodillas con júbilo abrazaba,
Y un astro de esperanza en tu semblante
La humanidad doliente divisaba.

Veces mil la pocilga del mendigo
Lo contempló en su seno,
Cual diligente amigo,
Como su solo bienhechor y abrigo;
Y allí su inteligencia desplegaba
En enérgica acción, y allí su sólio
A la ciencia magnífico erigia,
Y allí su caridad resplandecía.

Alma cándida, santa y bienhechora,
Yo también he aspirado tu perfume
Y gocé tu consuelo en mi quebranto.

Mirando estoy tu rostro, madre mía,
Tu inquieto respirar y tu congoja,
Abrazaba mis venas tu agonía....
Y yo niño y en hondo desamparo,
Tus plantas con mi aliento calentaba
Y en llanto de orfandad las empapaba,
Y allí te ví, Escobedo, ¿lo recuerdas?
Llevar tus manos sobre tu ancha frente,
Quedar en la amargura sumergido,
Y pedir al Eterno
Un rayo de su luz Omnipotente;

Y tú lo hubiste, y del penoso lecho
Mi madre levantó la frente erguida,
Y con trasporte me llevó á su pecho
Y mi frente besó, que envejecida,
La tornó su dolor; yo con encanto
Al traves de mis lágrimas veía
Tu bienhechora faz: tú conmovido
Me mirabas ufano sonriendo;
Mas tu llanto rodaba á tu vestido.

Reconoced al hombre que lloramos:
Yo lo evoqué en la tumba. Miro en torno:
Sus hijos allí están. ¡Llorad conmigo!
Venid, venid á mí, vuestro quebranto
Es grande como el mar. ¿Por qué perdiste
A aquel maestro que la ciencia inmensa,
La ciencia del alivio os revelaba,
Esa ciencia á que en México dió asilo
Y á nuevo rango la elevó esforzado,
Huérfana juventud? ¿Dónde el amigo,
El tierno amigo está? ¿Sobre su frente,
Por qué cayó la sombra de la tumba?
¿Y vive el malhechor! y el hombre inicuo
Atruená con sus cánticos la orgía,
Y el humo de la sangre, en vez de incienso,
Ofrece á Dios entre himnos de victoria,
Mancillando tu seno ¡patria mía!

Alumnos del saber, justo es el duelo;
Aves que revolábais junto al cielo
Y os sorprendió de súbito la niebla,
Y sin rumbo gemis sobre los vientos,
No reprimais de angustia los lamentos.
Mirando estoy en vuestra frente el luto;
Ese el elogio de su nombre sea,
Ese á su caridad rinda tributo.

Él os amó con íntima ternura;
Él vuestro padre ufano se llamaba;

El vuestras frentes coronó de lauros;
El vuestros caros nombres balbutia,
Cuando agobiado al borde de la tumba,
Al dolor implacable sucumbia.

Omnipotente Dios, tú que rompiste
La tenebrosa nube de la muerte
Haciendo relucir sobre el sepulcro
Del hijo de tu amor un sol de vida,
¡Por qué nos reservaste esta suerte! . . .

Tú eres Dios de bondad y de ternura,
Tú miraste cubrir con un sudario,
Gimiendo el universo de amargura,
Al mártir del Calvario.

¡Tú comprendes, Señor, nuestro hondo duelo!
Mira de la amistad, copioso el lloro;
Escucha los lamentos del mendigo;
Mira la soledad de nuestras almas,
Y como Dios de amor, danos amparo.

Y si es la tumba pórtico sublime
De tu trono inmortal: si es donde deja
Su sandalia el cansado peregrino
Para emprender felice otro camino,
Nuestra plegaria tornará en ruego.

Escobedo, Escobedo, en esa gloria
Aboga con fervor por el doliente;
Seque tu aliento de piedad el llanto
Que vierte el indigente.

Ampara la orfandad en su quebranto:
Y de la patria mía
Sé arcángel tutelar: luzca en su seno
La ventura y el astro de la ciencia.

Haz que no escuche el fratricida trueno
Bajo su ardiente sol. Mira á tus hijos;
Sus cuitas calma, su sendero guía,
Estiendan el saber que les dictaste:
Como tú á los mortales, den alivio:
Como tú al desdichado, den consuelo:
Como tú, la virtud tengan por norte;
Como tú cuando mueran á este mundo,
Le dejen un recuerdo de luz pura
Que brille en medio del dolor profundo.

México, Febrero 15 de 1844.—Guillermo Prieto.

CONTESTACION

QUE DIÓ EL ESCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ MARÍA
TORNEL Á NOMBRE DEL COLEGIO NACIONAL DE SAN
ILDEFONSO, Á LAS COMISIONES QUE ASISTIERON Á LOS
FUNERALES DEL SR. DON PEDRO ESCOBEDO.

La Junta de gobierno del Colegio nacional y mas antiguo de San Ildefonso, acogiendo el duelo, el dolor y el llanto de las corporaciones científicas, de las cuales fué el ciudadano Pedro Escobedo glorioso ornamento de los hombres filantrópicos, que le reconocen como insinuante modelo de la juventud entusiasta y progresiva, cuyo maestro y padre ha sido, contrae la obligación, dulce y penosa á un tiempo, de tributarles gracias porque acaban de regar flores inmortales sobre la temprana tumba de uno de esos seres misteriosos que envía la Providencia al mundo para manifestar su bondad, y que los retira para expresar su indignación y su enojo.

Entre todos los pueblos y en todas las religiones, el amor, la gratitud, el patriotismo, y hasta la vanidad, han consagrado por medio de funerales, la tierna despedida de los que fueron nuestros compañeros en la peregrinacion de la vida, y que nos preceden algunos fugaces años en la senda de la inmortalidad, á donde se entra por el sepulcro.

En la historia de la civilizacion y en la de los cultos, los egipcios fueron l. s primeros que respetaron á los difuntos, que construyeron monumentos á su memoria, para recomendar y perpetuar sus virtudes. Ellos introdujeron la costumbre de las ropas fúnebres; ellos comenzaron á luchar con las leyes impetuosas de la destruccion, embalsamando los cadáveres; ellos, en fin, estableciendo el juicio solemne de los muertos, inspiraron, ó al menos fortificaron el deseo de merecer un nombre póstumo, legado y herencia preciosa de las familias. En el violento curso de los siglos, jamas se dió una leccion mas alta de moralidad, que cuando se entregaban los cuerpos de los mismos reyes al pueblo, para que concediera ó negara el honor de la sepultura. El pueblo judaico, colonia del Egipto, no permitia, segun refiere la Santa Escritura, que los reyes malvados de Israel, escondieran sus huesos y su oprobio en los túmulos de sus mayores. Los títulos, la grandeza, el nacimiento, no eran el objeto de las alabanzas, porque estos son dones del acaso ó de la fortuna; el mérito personal, el respeto á la Divinidad, la justicia para con los iguales, los servicios al estado, la beneficencia sobre todo, eran en el Egipto los únicos títulos para reco-

mendar que el difunto fuera admitido en la compañía de los justos en la mansion de bienaventuranza.

Atenas, y despues toda la Grecia, estableció públicos funerales para los que morian en la guerra. Se esponian los huesos de los muertos bajo una tienda, y la piedad de los ciudadanos los cubria con flores, y se quemaban inciensos y perfumes: cada tribu preparaba un carro en que se colocaba un atahud de ciprés, y habia un vacío que se llama *Cenotafio*, para ilustrar el nombre de los difuntos, cuyos cadáveres se habian perdido. Los parientes, los amigos, los ciudadanos, se dirigian con paso grave y mesurado hasta el *Cerámico*; estenso y hermoso campo en que se enterraban los beneméritos de la república, menos los que fallecieron en la espléndida batalla de Maraton, á quienes se distinguió con la honra de ser sepultados en el mismo teatro de la guerra. Y cuando murió el grande Alejandro, se sorprendieron y escandalizaron los griegos de la pompa y aparato teatral de sus funerales, que tanto desdecian de las costumbres tiernas y sencillas de un pueblo libre, que no sabia estimar mas que el patriotismo y la virtud.

Los funerales eran entre los romanos, en ese pueblo de escándalos y de virtudes, una ceremonia sagrada y augusta. Era un deber de los esposos, de los padres, de los hijos, ó de los parientes mas cercanos, imprimir el último beso en los labios del moribundo, como para recibir su alma; y despues con mano trémula le cerraban los ojos y la boca. Congregada la familia al derredor del lecho, seguía la imponente costumbre de llamar una, dos y tres veces al difun-

to, como para rogarle que volviera á la vida, para consuelo de sus deudos ó de sus amigos: si el muerto era una persona caracterizada, sonaban á sus oídos trompas y vocinas, lisonjeando así las débiles esperanzas de resurreccion. Entregado el cuerpo á los libitinarios y á los polinctores, lavaban el cuerpo con agua caliente y lo embalsaman con perfumes: lo vestian despues de blanco, lo esponian por siete dias en el vestibulo de la casa, y en la puerta se encontraban ramas de pino y del melancólico ciprés. Los parientes y los amigos eran el cortejo en las esquinas; asistia el pueblo si el difunto habia servido dignamente á la pátria, y los militares y lictores, si la habia defendido con las armas en la mano. Delante del lecho, cubierto de púrpura, se ponian los emblemas de las dignidades y empleos de que habia disfrutado; y se llevaba tambien su busto de cera, á no ser que por algun crimen público se le privara de este modesto recuerdo. Las personas ilustres eran encomiadas en la plaza pública, lo que se llamaba *laudare pro rostris*, y se les conducia á la hoguera, ó á la sepultura, adornándolas con ciprés y con flores. Las cenizas se guardaban en una urna, mas ó menos preciosa, y los cadáveres que no eran quemados, en los caminos públicos á la entrada de las poblaciones. Terminados los honores fúnebres, el sacrificador, con una rama de olivo, hacia asperisiones sobre los concurrentes; y éstos se despedian tres veces del difunto, y le prometian acompañarlo cuando pluguiera á la naturaleza, *vale, vale, vale, nos te ordine quò natura volueri sequemur.*

Los judíos, aunque dispersos en el mundo, por uno de esos arcanos incomprensibles de la revelacion mantienen intacta su nacionalidad, sus penas y sus dolores, sus hábitos y sus costumbres. Lavan ellos sus difuntos con agua de rosas, los cubren con ropas negras, y los llevan sobre sus espaldas hasta el campo fatídico que nombran *Bethachaim*, casa de los vivos, en testimonio de que está en sus convicciones el dogma profético y consolador de la inmortalidad del alma. Al llegar á la fosa, diez de los dolientes dan vueltas siete veces en derredor de ella, recitando preces, en el mismo idioma con que lamentaron sus mayores, sentados á orillas de un rio, y bajo las sombras de los sauces, la pérdida de su amada Jerusalem. El pariente mas cercano rasga sus vestidos, los demas arrojan tierra en el sepulcro, y al retirarse arrancan una poca de yerba, y cantan el versículo 16 del Salmo 62: *Ellos florecerán en las ciudades, como la yerba de la tierra.*

Jesucristo bendijo el sepulcro con el grande milagro de la resurreccion, y los creyentes, desde los primeros tiempos de la Iglesia, santificaron el último asilo del hombre. Tertuliano refiere que embalsamaban los cadáveres como los egipcios; los enterraban segun el uso de los judíos, encendian antorchas, como símbolo de la vida del alma, é introdujeron los *egapes*, ó sea festin de los pobres, porque la caridad y la misericordia fueron el legado y el ejemplo del maestro celestial. Mas los cristianos, estableciendo la conmemoracion anual de los difuntos, eternizaron su memoria, conservaron frescos los recuerdos de

sus hechos y de sus virtudes, dieron á la conciencia un centinela de moralidad, dejaron abierta esa herida tantas veces reproducida en nuestros corazones, y que cada año nos obliga á derramar nuevas lágrimas de piedad, de compasion y de ternura. Multiplicando la muerte sus víctimas, se nos coloca anticipadamente en el borde de ese abismo en que todos nos hemos de perder, en ese abismo que separa el tiempo de la eternidad, en *el del sepulcro*. ¡Felices los que creen, felices los que esperan, en el Dios que habiéndonos sacado de la nada por el imperio de su voz, nos ha prometido la inmortalidad, despues del sueño de nuestros transitorios días!

La religion de los sepulcros, esa uniformidad con que los pueblos tanto antiguos como modernos honran, como á competencia, los restos venerables de los difuntos, prueba á despecho del ruin ateo, que la inmortalidad del hombre no es una vana y fantástica teoría. “La natural tendencia, decia un filósofo, hácia el futuro, es tan inseparable del hombre, que lo acompaña durante su vida aun en el seno de la misma felicidad, que no puede ser completa, porque un impulso secreto lo lisonjea con nuevas esperanzas de una época futura, que se toca y que se aleja. Este disgusto, este cansancio de la vida, que sorprende al hombre en medio de sus placeres, es un recuerdo de la parte mas noble de nuestra ecsistencia, que jamas ha de morir.” Y si alguno negare que la inmortalidad del espíritu es el dogma mas antiguo y mas universal del mundo, que observe el acuerdo sentimental de todos los pueblos y naciones, las cultas y las bár-

baras, sin escepcion alguna, en suponer que la muerte es una temporal ausencia, y que los obsequios tributados á los deudos y amigos en el viage al sepulcro, son méritos que recompensarán cuando vuelvan á unirse en otra vida mas afortunada.

¡Oh muerte! ¡Dónde está tu victoria? La inmortalidad es la esperanza del que fallece y la del que sobrevive. ¡Cuán horribles serian los últimos momentos del hombre, si al extinguirse sus fuerzas, imaginara que iba á desaparecer en la nada! ¡Cuán grande, cuán profundo seria el sentimiento del padre y del hijo, del esposo ú de la esposa, del hermano ó de la hermana, de los parientes y de los que han experimentado los gratos consuelos de la amistad, si pronunciaran un eterno *adios* á los caros objetos de su amor y de su cariño.

La creencia, pues, de la inmortalidad del alma, un dogma de la religion y de la filosofia, ha inspirado constantemente el deseo de multiplicar los afectos y las muestras de respeto y consideracion á las personas que mas amamos, cuando ha sonado la hora suprema para ellas. Y hay una virtud apacible y tierna, que se llama gratitud, que agita el pecho, que arranca lágrimas de los ojos, que nos conduce suavemente hasta la tumba, que va á encerrar tantas memorias, tantas virtudes, tantos beneficios que endulzaron las amarguras de nuestra trabajosa vida. Los honores sepulcrales son la esperanza y la inmortalidad del cuerpo; y esa aspiracion de las almas generosas á escitar y preparar el duelo de la muerte, es un estímulo enérgico para la beneficencia, porque no son

Horados mas que los bienhechores de los hombres; para las grandes acciones en servicio de la patria, porque un pueblo entero es el cortejo del sepulcro del ciudadano que consagró sus dias al mas elevado de los deberes sociales. Leónidas y sus trescientos campeones murieron en defensa de la libertad de la Grecia; y hubieran muerto cien veces mas, por merecer el bello epitafio de Simódines.

Ilustres ciudadanos, que os habeis congregado á honrar las cenizas de Escobedo, vosotros poseeis la filosofia de la historia, la ciencia de las secretas dulzuras de la muerte del sabio, del filósofo y del cristiano; ese amor sublime á la patria, que convierte en su provecho hasta las desgracias que tristemente deplora.

La muerte pierde su torvo ceño, cuando se concentran todas las afecciones para lamentar la desaparicion de un sér bienhechor. Si Escobedo, desde la morada con que Dios recompensa al justo, lanza ahora una mirada y llega hasta nosotros, como rayo de luz de un nuevo astro, que se presenta en los cielos, él mismo se complacerá al observar estos testimonios de amistad y de ternura; saludará á sus amigos, querrá llorar con nosotros, se asociará á esta fiesta de la patria, y se acercará para decirnos: *Obrad como yo, para que Dios os premie como á mí: vosotros tambien me habeis recompensado: imitadme.*

Y la imitacion de Escobedo esige una vida entera de beneficencia. El amor á los hombres nació con él, y si cultivó con tanto afan, constancia y esmero la ciencia que alarga la ecsistencia y alivia las penas y

dolencias del hombre, fué porque solamente así le era posible satisfacer á sus nobles instintos. Quiso y logró ser eminente en su facultad, porque al sabio se multiplican los recursos, y una razón superior secunda sus filantrópicas intenciones. Jamas pensó en convertir sus triunfos en la ciencia, en humillaciones de otros; su designio era ilustrar y no ofender; buscaba homenajes para la verdad, y no trofeos para su orgullo. Enemigo de discordias, de odios y de rivalidades, se ejercitaba en conservar la paz y la union entre sus compañeros; y á los pequeños insultos que alguna vez recibió, oponia la alegría de su humor y la moderacion de su trato. Su bondad obligaba á amarlo, sus esclarecidos talentos á respetarlo, y la firmeza de sus sanos principios á temerlo, porque el reproche de una virtud constante es el mayor susto para el malvado.

No contento Escobedo con la estension de su propia ciencia, concibió y resolvió reunir todos sus rayos en un centro comun, creando el Establecimiento de ciencias médicas. El pensamiento de la posteridad es el de las almas elevadas, y Escobedo, que ansiaba porque sus beneficios á los hombres le sobrevivieran, no podia prescindir del filosófico intento de comunicar sus conocimientos superiores y los de sus dignos amigos, á esa juventud que me escucha y que solloza, y que está llamada por su vocacion, por las tendencias del siglo y por el bien de la patria, á ser su esperanza, su gloria y su ornamento. ¡Oh! ¡Cómo es interesante la muerte del sabio que supo reproducirse! El sentido lloro de los discípulos de Escobedo,

es el de los hijos en la ausencia lamentable de su bondadoso padre. El hombre que introduce una ciencia, ó la perfecciona, es un nuevo Tritolemo, que cultiva la inteligencia y mejora la condicion social del mundo. ¡Cuán acreedores son al reconocimiento público esos séres que aparecen como antorchas en la oscuridad de los siglos!

Y cuando el modesto ciudadano, cuyo sepulcro se ha cerrado para siempre, nos ha legado las lecciones de una prudencia austera; cuando su corazon, abierto y franco, ha amado á nuestra patria desventurada con la pureza y la vivacidad de los espartanos, justo ha sido este duelo nacional, que representan las artes y las ciencias, demandando para su nombre la fama póstuma de los héroes. Sí, de los héroes; porque los Alejandro y los Césares, los Federicos y los Napoleones, mancharon con sangre el laurel de su gloria, simpatizaron con las pestes y conmovieron la tierra; mientras que el filantrópico y el buen cristiano han marcado sus breves y risueños días con actos de beneficencia y de caridad; y dejan en pos de sí la huella de la virtud, y la plácida remembranza de los justos.

Escobedo ha sido juzgado ya, y sentenciado por la generacion contemporánea. ¿No están proclamando nuestras lágrimas los hechos de su pura, sensible y patriótica vida? ¿Qué nos resta? Pedir humildemente el descanso de su espíritu, entre tanto suena el arcángel de los misterios la trompa que anunciará, al fenecer la série de los siglos, la destruccion del imperio de la muerte.

La memoria de Escobedo produce un estímulo importante para las bellas acciones. ¡Quién no apetecerá imitarlo, al advertir que todas las celebridades, todos los talentos de la gran capital, conspiran á rendirle los homenajes de su admiracion y de su respeto? Faltaba á México el Licéo del sepulcro: hoy se ha abierto para todas las aspiraciones generosas, y no envidiarémos ya, ni á los egipcios ni á los griegos, ni á los romanos, ni á los judíos, las ceremonias fatidicas con que amenizaron y suavizaron esa senda que se pierde en los senos impenetrables de la eternidad.

El Colegio nacional de San Ildefonso comenzaba á gozarse, por la incorporacion de la facultad médica en este seminario antiguo de talentos y de sabios, cuando le arrebató la muerte á un nuevo sócio, capaz de fundar por sí solo una reputacion y una gloria. Así pasa la de este mundo, así caen las hojas de los árboles, así rompe el aquilon las flores, así disipa las arenas en una playa desierta el viento de la adversidad. ¡Permita Dios, dispensador supremo de la vida y de la muerte, que la muy dolorosa del Sr. D. Pedro Escobedo sirva de útiles desengaños y sus dulces memorias de constantes ejemplos!—*Dije.*



RECUERDOS

DE

D. PEDRO ESCOBEDO.



Mi primer cuidado en el momento que llegué á Jalapa, fué el de informarme de la casa que habitaba D. Pedro Escobedo. Se me indicó, y fuí en el acto.

El tiempo habia estado húmedo y nebuloso, y los males del enfermo se habian agravado considerablemente. Su cabeza estaba en un estado de debilidad tan grande, que los facultativos que lo asistian prohibieron aun á su misma esposa y parientes, que le hablasen; así es, que me retiré sin verlo.

Al dia siguiente volví, y como continuaba grave, tambien me fué imposible saludarle. Dejé pasar algunos dias, siempre informándome del estado de sus males.

Una mañana, Jalapa descorrió el espeso velo de nubes que habia tenido por muchos dias, el sol apareció espléndido y radiante en un cielo azul, y yo

pensé naturalmente que el cambio de temperatura influiria en la mejora de la salud de Escobedo. Fuíme, pues, á su casa, y supliqué que le entregaran una tarjeta de visita, pues me era imposible resistir al deseo que tenia de verle y de saludarle, segun me lo habian recomendado sus amigos.

Luego que vió mi nombre, dió orden que me introdujeran á su recámara.

Es necesario haber visto, ó al menos tener idea de esas primorosas casitas de Jalapa, aseadas y alegres, con su patio lleno de naranjos, guayabos y floripondios, para valuar el contraste que presentaba tanta pompa y tanta hermosura de la naturaleza, con el estado de postracion y abatimiento del pobre enfermo. Su catre estaba colocado frente á una ventana entrecerrada; pero que sin embargo, dejaba ver á los naranjos de esmalte cubiertos de frutos de oro, mecidos suavemente por la brisa aromática que de tiempo en tiempo soplaba. En ese lecho de dolor, estaba recostado entre almohadas Escobedo. Eran muy bien aquellas facciones marcadas y espresivas de su rostro; pero cuán hundidas estaban sus mejillas, cuán tristes sus ojos vivos y radiantes en los dias de su salud, cuán cárdenos aquellos lábios, y aquellos contornos de los ojos y carrillos!

Luego que me vió, quiso incorporarse en el lecho, é intentó tenderme sus brazos desfallecidos.

—Mucha pena causará á vd., me dijo, abrazar á un enfermo; pero me dicen que viene vd. á visitarme de parte de mis amigos de México, y es preciso que reciban vd. y ellos, esta muestra de que en me-

dio de mis dolencias no se han apartado un instante de mi memoria.

Toméle los brazos y le ayudé á ponerles en mi cuello: por mi parte tomé con los míos su noble frente, y la puse sobre mi hombro.—Su vista de vd., continuó con voz pausada, me ha causado una emoción indefinible: necesito llorar.

Reclinó su frente en mi pecho, y lloró abundantes lágrimas. En cuanto á mí, no sé lo que me sucedía; estrechaba yo en mi corazón á este hombre tan eminentemente sensible, con la emoción que pudiera hacerlo con una querida. No digo que lloré, porque todo el mundo se lo supondrá. Cualesquiera hubiera llorado en mi lugar. Si Escobedo hubiera tenido enemigos, sus enemigos habrían en este caso llorado con él.

Eran las lágrimas sublimes y sinceras de un hombre que se despide de la vida; el postrer lamento que consagraba á la amistad, el que iba á hundirse para siempre en la tumba. Esto desgarraba el corazón.

—Bien, muy bien, le dije, después de un rato de silencio; llore vd., esto le hará mucho provecho, y aliviará su corazón oprimido con tanto sufrimiento.

—¿Y Otero, y Cumplido, y Prieto, y Rosa? ¿Están buenos? ¿Se acuerdan de mí?

—Justamente de su parte he venido á visitarle á vd. El último nombre que pronunciaron cuando me despedí de ellos, fué el suyo.

—Dígales vd. que hace seis meses que sufro infinitos tormentos físicos y morales, con la paciencia de Job. ¡Las funciones de la piel paralizadas, mis miem-

bros débiles y sin fuerzas ni aun para moverme, mi cabeza trastornada, mi estómago ardiendo como si tuviera un volcán dentro de él! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Para mí, que el movimiento y la actividad eran la vida! Seis meses, seis meses he estado postrado en la cama... y lo que es peor, sin esperanza de remedio. Un instinto me ha hecho venir á Jalapa... Escobedo lloró de nuevo.

—Es menester valor; estas enfermedades suelen hacer crisis repentinas...

—Bendita sea la religión, continuó sin darse por entendido de mis estériles consuelos, que como dice Chateaubriand, hace del sufrimiento una virtud. Si me muero, no olviden vdes. decir que he sufrido mucho, mucho; y que ni una queja ha salido de mis labios; que he bendecido y bendeciré hasta el último instante de mi vida, la mano que me ha mandado soportar tantas penas.

Luego, esforzándose, quiso tomar un tono más alegre, y prosiguió.—¿Qué dice el Museo? ¿Adelantan vdes. mucho en sus trabajos literarios?

—Ya lo sabe vd., le respondí, trabajamos cuanto es dable.

—Quería mandarles algo, pero... imposible; ya digo á vd. que no puedo pensar, ni escribir, que tengo que acallar estos pensamientos de fuego que rompen mi cabeza... supongo que dirá vd. algo de este Jalapa tan bello, de este vergel que amo con todo mi corazón... ¿Ha visto vd. el cementerio? Está entre flores, entre naranjos, entre aromas. Las

gentes de este pais viven entre las flores, y duermen en un paraiso el sueño de la muerte.

No pudo continuar, pues su cabeza se debilitó, y yo me despedí prometiéndole verlo otra vez.

A los tres dias, innumerable acompañamiento con hachones, las músicas de los regimientos del canton, y todo lo mas selecto de la poblacion de Jalapa, seguia al Divinísimo que se dirigia á la casa de Escobedo. Recibió con el fervor de un cristiano el cuerpo de Jesucristo, é hizo con calma y tranquilidad sus disposiciones testamentarias.

Yo partí de Jalapa con el sentimiento de saber que pocos dias quedaban de vida al paciente. Con efecto, á los seis dias de haber llegado á México, recibí por el correo la carta siguiente:

ENERO 28 de 1844.

“Querido amigo:—El virtuoso y recomendable D. Pedro Escobedo, ha fallecido á las diez y media de la noche de hoy. Se ha despedido de la vida con la tranquilidad de un justo, y el pesar que tan fatal acontecimiento ha causado á los que le amamos en esta miserable tierra, se ha mitigado al contemplar que ha recibido ya en los cielos el premio que Dios destina á los que ejercieren todas las virtudes, y en particular la de la beneficencia.”

Ya que sencillamente he referido al lector la casual é interesante entrevista que tuve con Escobedo, en los últimos dias de la vida de ese hombre amable, cuyo corazon ha cesado de latir, y cuya vasta inteligencia se ha estinguído en el sepulcro, justo se-

rá darle una idea aunque ligera de su vida, pues es posible que no todos le conozcan como los que vivimos en México, y nos honramos con su amistad.

Nació D. Pedro José Alcántara Escobedo y Aguilar, en la ciudad de Querétaro, el dia 19 de Octubre de 1798. La decidida aplicacion que manifestó por el estudio cuando se hallaba en la escuela, decidió á su familia á ponerlo de alumno esterno en el colegio de San Javier de aquella ciudad, donde se distinguió de sus condiscípulos por el arreglo de su conducta, por su aplicacion, y por su claro talento. Tantas prendas del jóven Escobedo fueron premiadas por sus catedráticos, quienes le señalaron los primeros lugares en las respectivas clases, hasta llegar el caso de que tuviese dos oposiciones de Gramática Latina en el *general* del colegio, honor que muy rara vez se concedia á los alumnos externos.

Su aplicacion no disminuia; así es que habiendo concluido con notorio aprovechamiento el curso de artes, se graduó á los veinte años de edad, en la Universidad de México, el dia 26 de Octubre de 1818. En el mismo año comenzó á estudiar medicina en dicha Universidad, en la escuela nacional de cirujía, y en una de las mejores oficinas de farmácia de esta ciudad. Pasó despues al hospital de San Andres, á servir una de las plazas menores del departamento de cirujía, la segunda de practicante mayor, y en Octubre del año de 1822, que se ecsaminó de cirujano, fué ascendido á la de primero.

En 1824, suscribió su representacion sobre instruccion pública; fué uno de los fundadores de la acade-

mia de medicina práctica, y sirvió además la cátedra especial de operaciones que hubo en México, donde dió dos cursos completos, de Enero de 1826, á Julio de 828.

Infatigable en el estudio y en el trabajo, prestó importantes servicios al cuerpo médico militar, particularmente en el canton que se estableció en Jalapa el año de 1832, época que, según decia, fué la mas feliz de su existencia, pues vivia considerado y querido de todos, en aquel pequeño espacio de tierra tan florido y tan poético.

En 1833 regresó á la capital, y fué nombrado catedrático de operaciones del establecimiento de ciencias médicas, y despues su vice-director. En 1841 trabajó asiduamente en la reforma y ordenamiento de este establecimiento, y prestó servicios importantes, organizando las juntas de sanidad, procurando cuantas ventajas y mejoras le eran posibles para su academia, y favoreciendo con su influjo á la de farmacia, pues consiguió un pago de un crédito destinado para costear la impresion de la interesante obra "*Farmacopea mexicana*."

Procedente Escobedo de una familia honradísima y virtuosa, pero pobre, le hemos visto comenzar sus estudios de alumno esterno; le hemos visto pasar abatido y oscuro la primera época de su vida, y ganándose á fuerza de constancia y de estudio, el amor de sus maestros y el premio de las cátedras. Despues, como el jóven consideraba que el único patrimonio que tenia era su talento, y los estudios el único medio de procurarse una honrosa posicion so-

cial, vimos de improviso aparecer entre nosotros el hombre ya maduro, con un rico caudal de talento, de ciencia y de virtudes.

Quizá el penoso trabajo que costó á Escobedo labrar su carrera, le inspiró una profunda veneracion por el infortunio, y grabó en su alma los sentimientos de caridad y filantropía que ha sido uno de sus mas limpios y hermosos tímbrs.

Comprendió en toda su latitud la filosofia de la profesion médica, y jamas la miró, según hacen muchos, como un ramo de especulacion. El corazon de Escobedo jamas perdió su sensibilidad, ni fué indiferente á ese cúmulo de miserias y males que agobian á la pobre humanidad, y que el médico tiene que precenciar diariamente. Cuando se trataba de la vida de un hombre, emprendia una atrevida lucha con la muerte, revolvía sus libros, recordaba sus experiencias, estudiaba en su bufete aun en las horas mas avanzadas de la noche, y al día siguiente iba á recoger las lágrimas, los suspiros y las quejas del moribundo, con el amor de un padre. Era menester caer de rodillas ante el hombre que pasaba horas enteras en la sucia pocilga de un desdichado, á quien le volvia la salud, ministrándole grátis las medicinas, y sacando muchas veces dinero de la bolsa para socorrer á la familia desolada.

De estas páginas hermosas y sublimes se compone la vida de Escobedo.

Comprendió tambien que el abandono en que estaba la medicina en la república era perjudicial y lamentable; que era necesario organizar un estableci-

miento donde esta juventud inteligente y estudiosa de la república comprendiera que la profesion de estudiar las plantas y las sustancias que el Señor ha criado en la tierra para alivio del hombre, es una profesion sublime, es un santo y hermoso estudio el de arrancar á la naturaleza sus secretos, para hacer en la cabecera de los enfermos el oficio de los ángeles, y quitarles sus dolencias, volverles el carmin á sus megillas, la fuerza á sus miembros, y la inteligencia á su cerebro; que por último, la mision de un médico no es la de un vil y descuidado especulador, sino la de un bienhechor que tiene estrecha obligacion de repartir los tesoros de la ciencia.

Así comprendia Escobedo la medicina, así la practicó, así queria, como un nuevo filósofo, enseñar á esos discípulos de la Escuela de medicina, que amaba como á sus hijos, y para quienes tenia abierta su casa, sus instrumentos, sus libros, su bolsa, y su corazon noble y generoso.

Dia por dia fué creciendo la reputacion, y fama de Escobedo; dia por dia ensanchó el círculo de sus amigos, y dia por dia se alzaban nuevas manos al cielo para pagarle con santas bendiciones y dulces lágrimas, los actos de su beneficencia.

Circunstancias que están al alcance de todos le grangearon la amistad de S. E. el general Santa-Anna. Fué esta una bella oportunidad para Escobedo, no para medrar, ni para hacer su fortuna, sino para emplear su influjo en favor del colegio de medicina, de un colegio que era todo su anhelo, su único y constante pensamiento. Un hecho que hace honor

á Escobedo es, el de que los 100 pesos que percibia como catedrático, los empleaba en libros é instrumentos, para distribuirlos entre sus discípulos.

Tantas y tan recomendables cualidades, patentes á la vista de todo el mundo, hicieron que las sociedades de Instruccion pública y Literatura quisieran tener el honor de contarle entre sus socios. Así es que fué nombrado socio corresponsal de las academias médicas de Madrid, de Paris y de Guadalajara, miembro de la sociedad lancasteriana de esta capital, de la academia de Bellas Artes, de la de literatura de San Juan de Letran, del Ateneo mexicano, de la junta directiva de estudios, del consejo de salubridad, y de otras corporaciones, porque se ha dicho, que el talento de Escobedo era colosal, su deseo por la instruccion pública, ardiente, y su constancia en el trabajo, inaudita. Cuando sus atenciones y las innumerables juntas y sociedades á que tenia que asistir, le dejaban tiempo libre, entonces se dedicaba á los tranquilos estudios literarios, y religioso y sensible se estasiaba con la lectura de La-Martine y Chateaubriand, sus autores favoritos, que amaba con delirio. El Mosaico, el Museo y el Siglo XIX, se honraban con publicar correctas traducciones y curiosos artículos originales de Escobedo.

En nuestro pais, la política, que siempre arrebató á los hombres la quietud de su estudio, no perdonó á Escobedo, y fué electo diputado notable, y últimamente senador al congreso actual.

Tanta fatiga y estudio debilitaron poco á poco los órganos de su estómago, hasta que apareció la enfer-

medad con síntomas graves. Fué á mudar temperamento á Tacubaya, y agravándose dia por dia, un instinto natural lo llevó á Jalapa, donde despues de largos sufrimientos murió el dia 28 de Enero, de la manera que queda referido, á los 45 años tres meses de su edad, cuando todavía la humanidad, la ciencia y la literatura, tenían mucho que esperar de él. Estas pérdidas no se reparan fácilmente, y el corazon se contrista cuando pensamos que pasa mucho tiempo para que sea reemplazado un hombre de las eminentes prendas de Escobedo.

Una tarde nublada, y á los 18 días despues del fallecimiento de Escobedo, multitud de coches y de personajes vestidos de luto, y de lo mas selecto y escogido de la sociedad mexicana, estaban agrupados en la tétrica iglesia de San Lázaro. A poco, un carro fúnebre con cuatro lindos caballos, con grandes penachos y ricos arneses de luto, comenzó á andar: dentro estaba un ataúd y dentro del ataúd el cuerpo de D. Pedro Escobedo. Detrás marchaban tristes y silenciosos, médicos, abogados, ministros, militares, poetas y literatos. Todos eran amigos de D. Pedro Escobedo.

El cadáver quedó depositado en la capilla del colegio de San Ildefonso, y á los dos días, en medio de una gran procesion funeral que ocupaba tres cuadras, fué conducido el ataúd del maestro, en hombros de sus discípulos, á la santa iglesia de la Merced, donde debia finalmente reposar el sábio y virtuoso va-

ron, al lado de su pequeñita hija, ángel que voló al cielo, y que prestó á su padre sus alas de armiño, para que tambien subiera á descansar en el seno de Dios.

La comitiva fúnebre regresó al *general* de San Ildefonso, donde todos los colegios y corporaciones científicas, pronunciaron elogios fúnebres á la memoria de Escobedo. Estos funerales han sido acaso unos de los mas solemnes que ha visto México.

De esta manera han sido honradas las virtudes de Escobedo; de esta suerte la sociedad mexicana, imparcial y justa, ha llenado de flores la tumba de un hombre pacífico, cuya vida se deslizó sin pompa, cuya muerte fué la de un justo, y cuyos funerales han sido los de un rey.

Los editores del Museo, al trazar estos ligeros recuerdos de Escobedo, tambien arrojamus sobre su sepulcro una flor, tal vez mística y marchita; pero empapada con las sinceras lágrimas de la amistad.

Manuel Payno.



A ESCOBEDO, UN RECUERDO.

Grande era tu alma: en tu frente
Que erguida se alzaba al cielo,
Puso el Eterno el consuelo
De la triste humanidad.
Supo levantar constante
Tu sagaz inteligencia,
Un monumento á la ciencia,
Y á la ternura un altar.

Duerme en paz.... padre del pobre,
Y del desdichado abrigo:
Tú que fuiste noble amigo
De la ingénua juventud:

Ahora recibe su llanto
Que cae con sus clamores,
Entre el incienso y las flores
Que engalanan tu ataúd.

Queda en paz.... Plegó sus alas
Y ya duerme la paloma:
Cayó la flor; mas su aroma
Puro, por los aires va.

Pasó cual pasa la nube
Que torna fresco el ambiente,
Y va á dormir muellemente
Sobre la orilla del mar.

Duerme en paz.... Sobre la tierra
Guardan tu memoria pura,

Las ciencias y la ternura,
Y la noble caridad.
Mas que el fausto á tu sepulcro
Presta grandeza y encanto
Del desventurado el llanto,
Y el llanto de la amistad.

No tiene tu humilde tumba
Timbres de equívoca gloria,
Ni laureles de victoria,
Ni despojos de poder.

Pero en ella llora el hombre,
Y grabó con elocuencia
La augusta beneficencia:
“¡Grandes del mundo, aprended!”

Guillermo Prieto.

AL SR. D. PEDRO ESCOBEDO EN SEÑAL DE AMISTAD Y GRATITUD, SE DEDICA EL SIGUIENTE:

¿Y el hombre sabio, el virtuoso ha muerto?
¿A la tierna amistad abandonara?
¿A la amistad, que en su dolor regara
Con lágrimas de amor su cuerpo yerto?

De la inmortalidad el templo abierto
Del comun de los hombres le separa,
Y ofrece al fin á su grandeza rara
De dicha un trono y de fulgor cubierto.

En él habitas, Pedro; de la vida
Marchaste recto en la escabrosa senda,
Y dió tu ciencia al infeliz consuelo.

Tu existencia lloramos hoy perdida;
Pero su llanto enjugará el que entienda
Que premio á la virtud concede el cielo.

José María Yurrevalde.

HONORES FÚNEBRES.

Se han tributado en la semana anterior los que mereció un buen ciudadano por sus eminentes virtudes sociales. Sus parientes, sus amigos, sus discípulos, sus compañeros, desahogaron sus sentimientos, y acaso el pueblo no ha visto esas ecséquias solemnes sino bajo ese aspecto; nosotros las consideramos bajo el moral y el político. El hombre de bien y benéfico, es el sér mas interesante á la sociedad. Las virtudes privadas son la base de las públicas. Si no hay quien cultive y enseñe las primeras, en vano se querrán obtener las segundas. Aquellas virtudes son acreedoras al aprecio de los ciudadanos; porque no habrá ciudadanos si no ecsisten esas virtudes.

Cuando estas son apreciadas como merecen, naturalmente son respetadas las personas que las ejercen. Viendo el apoteosis á que elevan despues de la muerte á los individuos que se han adornado con ellas en vida, no puede menos que formarse cualquiera hombre racional una alta idea de ellas. De esa idea resulta el deseo de practicarlas, y ved aquí, como los honores póstumos, tributados á las virtudes

privadas, son á la vez un medio de hacerlas amables, y un estímulo para imitirlas.

Se percibe de cuando en cuando el estrépito del cañon, y tambien el pausado y lúgubre de las campanas; se ve el aparato fúnebre de un entierro: se pregunta: ¿quién murió? Un general, un rico. Al momento viene á la mente la idea, respecto del primero, de que es una pompa de ordenanza, unos honores hechos al empleo y no á la persona; [pues que á todas las que ejercen unos mismos empleos se hacen unos propios honores. Todo ese aparato de luto no deja otra impresion en el alma, que la que hace el formarse una guardia ó presentar las armas cuando pasa un gefe. ¿Por qué presentó las armas ese centinela? Porque pasó un general. ¿Por qué se formó la guardia? Porque viene el gefe de dia. ¿Por qué se bate marcha? Porque sale el presidente de la república, el de la cámara ó el del senado. Tal vez el que responde no conoce ni al general, ni al gefe, ni á los presidentes; ni el que pregunta se ocupa en indagar si son buenos ó malos, sabios ó ignorantes, benéficos ó perjudiciales. Con la respuesta simple que se le dió queda completamente satisfecho.

Respecto del segundo, se escita la idea de que él en su testamento, ó sus herederos, han querido gastar algun dinero en solemnizar sus ecséquias. Pero cuando se ve una pompa fúnebre, un acompañamiento en que se conoce la sensacion del dolor, y no las ceremonias de la etiqueta, se pregunta: ¿Quién ha muerto? Fulano. Y ¿quién era ese fulano? ¿Era un presidente de la república? No. ¿Era un gene-

ral? No. ¿Era un rico? Tampoco. Pues, ¿quién era? Un hombre de bien. Esa pompa, ese lujo no está determinado por la ordenanza, por una ley, por un reglamento: es la espresion de la amistad y del reconocimiento. Sus amigos, sus agraciados son los que la han promovido y costeadado.

Naturalmente se procura indagar qué es lo que hizo ese hombre de bien, que tanto aprecio ha merecido á sus conciudadanos. Fué un excelente padre de familia, un amigo fiel, un protector de los pobres, un juez íntegro, un abogado que jamas protegió la injusticia, un médico que con igual esmero curaba al pobre por caridad, que al rico que le recompensaba su trabajo; un hombre instruido que procuraba difundir sus conocimientos en beneficio público; un maestro de la juventud á quien educaba científica y moralmente de cuantas maneras podia. Cada una de estas respuestas escita en el alma menos sensible afectos de amor, de ternura, porque la virtud arranca el homenaje aun de sus propios enemigos.

Y si esto sucede aun respecto de esas almas, ¿qué no deberá esperarse de las que tengan alguna predisposicion para la virtud? ¡Ojalá y ésta fuera acatada públicamente en las personas de los muertos, ya que por lo regular es desatendida en las de los vivos! Esto equivaldria al juicio que los egipcios hacian de los difuntos, y que tanto contribuyó á formar buenos ciudadanos. Allí solo se trataba de merecer el honor de la sepultura. ¡Qué no obraría entre nosotros el deseo de merecer los honores fúnebres! Mientras mas espontáneos fueran estos, mas apreciables

serian, y las virtudes privadas serian consideradas entre los hombres como un título de celebridad. Hasta el mismo orgullo, esa funesta pasion, que tantos y tan grandes males causa á la sociedad, quedaria ennoblecida. El hombre ambicionaria la estimacion de la posteridad, y para conseguirla, caminaria por la única senda por donde se alcanza la sólida y verdadera, que es la práctica de las virtudes.

Seria por tanto, muy conducente para formar la juventud y hacer apreciable la moral, el que cuando muriera alguna persona virtuosa, aunque solo hubiera resplandecido en teatros particulares y no los elevados, que deslumbran con el oropel de las apariencias, sin hacer la mas ligera sensacion en el alma, se le tributaran por sus amigos los honores fúnebres del mejor modo posible; pero tambien que se calificase de una degradacion concurrir voluntariamente á los funerales de las personas que no lo merecieran. Se distinguirían entonces perfectamente los ceremoniales de etiqueta, de los oficios de la amistad y de la gratitud; el magnate que no era mas que magnate, del hombre de bien; y el virtuoso, del que no lo era. He aquí las reflexiones que nos han inspirado la ecséquias con que se ha honrado en estos dias la memoria de un buen ciudadano.

[Siglo del Domingo 18 de Febrero de 1844.]

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA
ALERE...
VER...

DON PEDRO ESCOBEDO.

Con pompa no usada y completamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el día 15 del corriente en la Iglesia de Ntra. Sra. de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protector decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido; que nuestra sociedad no ha caído en el abismo de degradación moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavía sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nación en que aun queda admiración por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sentida y temprana muer-

te del Sr. Escobedo, y vemos en ella una calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenajes públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardía sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos despues que el Sr. Otero se propone escribir la biografía del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borrones el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuacion el sentido y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, formada en su mayor parte de discípulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos, D. Joaquin Navarro é Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus mas bellas esperanzas, y la contestacion del presidente de dicha reunion, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la proteccion que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites.

México, Febrero 19 de 1844.—Redactores del Liceo.

— 106 —

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA POR DON JOAQUIN NAVARRO É IBARRA
EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD
FILOIATRICA.

EN el horizonte de las ciencias, como en el del cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura, en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer, que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí la puerta que conducia á los adelantamientos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo adivino, porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores, que como el espacio, parecen mas profundos, mientras mas fijamente se les contempla. No temais que con lo que voy á deciros, distraiga vuestra atencion del deplorable objeto que la ocupa; no olvidaré que al preparar esta solemnidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba

recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazon despedazado. Me sentiria sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y una efusion de mi corazon; si no supiese que para conmoveos, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de nuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de cómo en esta vez se vieron de nuevo sentarse el infortunio al lado de la cuna, y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad, ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Velpeau, á Béclard y á Dupuytren, abrirse en medio de la indigencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiracion de sus semejantes: nada os diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabeis, lo mismo que yo, que en ellos esa vida fué como el arroyo manso y tranquilo, que corriendo sin estrépito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazon, por piedad al mio propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes, en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, mientras el pesar devoraba su alma, y en-

trambos, conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato seria para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros línea á línea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecia D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro querido, á cuya memoria tributamos este sencillo homenaje: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del iris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincón del hospital de San Andrés, un estudiante sin protección ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Valde-Grace, dominaban entonces exclusivamente el mundo médico; hoy veinticinco años de experiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa (porque jamas la despiertan los extravíos de los grandes hombres), al menos en su verdadero valor sus escageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entonces era otra cosa: habia restaurado la escuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoría de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las flegmasias, y todos estos

eran otros tantos títulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos: admiracion y respeto que él, con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para esplicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero seria una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra: no; profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabeis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era él de esos médicos que son un arcaismo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la esperiencia, inútiles las investigaciones de los sábios, ignorados los adelantamientos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fué renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarse de un golpe en los contrarios; convertir el desengaño en injusticia; olvidar todo lo que habia aprendido, para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela, para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitud al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podia hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discerni-

miento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indistinta y ciegamente todas las innovaciones: esta versatilidad, que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Cierto, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin ecsageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis menos de llamar extraordinario y singular al que reunia á la vez tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su *tacto* quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una esactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas oscuro y embrollado: vosotros sabeis, y no tengo necesidad de recordároslos, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un ecsámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él, con una mirada penetrante como la del águila que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Este talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguia al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflexivo de los autores clásicos de cirugía,

en especial de Hunter, Dupuytren, Bégin y Sanson, y sobre todo, á su *génio* (porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el *génio*), debia ese conocimiento esacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias &c.

Señores: es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida; pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella impassibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agitara su pulso, sin que una sola arruga en su fisonomia revelara la conmocion de su alma, verdaderamente grande.

¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¡Olvidareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia; en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia, mas bien que la imagen del ángel exterminador, la de un ángel de paz y de ventura?..... El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo, tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada; pero despues de haberla calificado posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades

para vencerlas, todos sus peligros para arrostrarlos. La naturaleza, que ha puesto en todas las cosas el abuso ilegítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fué siempre en sus manos un recurso de salvacion ó de esperanza; pero jamas el instrumento de tentativas que reprueban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable, al que no es lícito tocar sin hollar los deberes del honor y la conciencia: no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendía en toda su magnitud el noble ministerio y el sublime destino que está llamado á ejercer un médico en la tierra; y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció constantemente la vil seducción del interes, los rastroeros artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frio olvido de la ingratitud. Sus enfermos eran sus amigos: no contento con prodigarles los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religion que amaba y de una filosofia pura y persuasiva: penetraba en los senos del corazon, para estudiar en ellos las pasiones y combatir las por esos medios, precarios tal vez; pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe aplicar al corazon lacerado; y efectivamente, víctima del infortunio, sabia comprenderlo y

aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente expansivas que forman el atributo esclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era amplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducía á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos seres que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabia que en el corazon de estos infelices encontraria una recompensa mil veces mas sincera y significativa, que el insultante y vil oro del magnate: pero su caridad no consistia únicamente en el desinterés: consistia en el cariñoso desvelo, en el afán paternal, en la tierna compasion con que miraba y remediaba sus necesidades: viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras insinuantes y balsámicas, con acciones tiernas y espresivas, que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales genialmente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocian de cerca: yo recordaré siempre con placer, y vosotros tambien, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecia mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. ¡Por qué los que insultan y desprecian nuestra noble profesion, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imágen de la Providencia Divina? . . . ¡Entonces verian, que aquí en

el corazón, podemos sentir placeres inefables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la práctica de nuestro arte! . . . Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era menos grande como médico inteligente, que como filósofo y filantrópico. La noble y difícil profesión del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, D. José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la elección especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consuno al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirla. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formemos una idea cabal de lo difícil y penosa que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma francés, en que estaban escritas las principales obras de cirugía en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guía que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los veinte y cinco años de edad, maestro de nuestros maestros! ¡Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensa-

miento es el norte de todas las almas grandes: así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar ilesa la reputacion que habia afanosamente conquistado, hasta el año de 33, que un médico justamente ilustre por mil títulos, echó los cimientos de la escuela en que nos hemos educado. D. Valentin Gomez Farías es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia: así que cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito, y le colocó al fundar el cuarto establecimiento en la cátedra de medicina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instruccion y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patología esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no menos su trato afable y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de sus palabras revestian los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instruccion en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abria ante nosotros, no para hacer ostencion de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí, donde hemos recibido esas primeras y profundas impre-

siones, cuyo indeleble recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Sí, amigos míos, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria no podrá abandonarnos mientras tengamos que ejercer la honrosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauracion del colegio de Medicina, dejó la cátedra que habia servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda, Dios sabe por cuanto tiempo: á la de Medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro donde sin rival podia desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza, brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad, con el tono imponente de la esperiencia, hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fé pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiracion y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay algunos de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo? Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mi solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsolado y abatido al considerar los huecos inmensos de mi educacion literaria, me anima, y aun me envanece pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fanal que se ha estinguido hace pocos dias en el sepulcro; me parece que puedo presentar al mundo una recomendacion irrecusable, con solo decirle: “D. Pedro Escobedo fué mi maestro.” Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al menos es una ilusion escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podia dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacia en llamarnos sus hijos, y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente las pretensiones de su vanidad, las ecsigencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud, y hasta su vida, por el colegio de Medicina?..... Olvidar todo esto, seria una vil ingratitud, con que no pagarémos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistemar la educacion médica, han ocupado la mitad de su vida. Él y el Sr. Olvera fueron quienes el año de 1833 promovieron mas activamente la fundacion del establecimiento de Medicina: él, quien despues que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauracion. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazon altamente filantrópico, para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherías con que correspondian ó eludian sus nobles esfuerzos tantas y tantas admistraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes, saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnímado, él, semejante á un reverbero purí-

simo, solo recibia la influencia de ese poder para reflejar la íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente; sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república, y sócio de casi todos ellos, y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, llorado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzaré la losa de la tumba para derramar sobre tu corazón su letal ponzoña: héla allí muda, inmóvil confundida al escuchar el voto público que unánimemente te pregona sábio y bueno: ese clamor universal resuena tambien en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos, que tanto amaste en vida, se reunen para llorarte en muerte: los suspiros que salen de sus corazones, donde no has sembrado mas que flores de bendicion, serán mas propicios al tuyo, que la pompa de los grandes; ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido

sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebles: nosotros éramos tu esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—*Dije.*

CONTESTACION DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO
ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo, á la vez que sensible, es el tributar á nuestro amado maestro esta muestra de gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia; de su boca oímos las primeras lecciones, puso á disposicion nuestra sus libros é instrumentos, sin escigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesion y á hacer el bien: en suma, no nos miró como á hombres estraños, sino como á sus hijos: á él debemos la existencia de nuestro establecimiento médico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas, ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos, encontrareis señales de su beneficencia; por donde quiera que escuchéis, oireis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y

simo, solo recibia la influencia de ese poder para reflejar la íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente; sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república, y sócio de casi todos ellos, y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, llorado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzaré la losa de la tumba para derramar sobre tu corazón su letal ponzoña: héla allí muda, inmóvil confundida al escuchar el voto público que unánimemente te pregona sábio y bueno: ese clamor universal resuena tambien en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos, que tanto amaste en vida, se reunen para llorarte en muerte: los suspiros que salen de sus corazones, donde no has sembrado mas que flores de bendicion, serán mas propicios al tuyo, que la pompa de los grandes; ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido

sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebles: nosotros éramos tu esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—*Dije.*

CONTESTACION DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO
ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo, á la vez que sensible, es el tributar á nuestro amado maestro esta muestra de gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia; de su boca oímos las primeras lecciones, puso á disposicion nuestra sus libros é instrumentos, sin escigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesion y á hacer el bien: en suma, no nos miró como á hombres estraños, sino como á sus hijos: á él debemos la existencia de nuestro establecimiento médico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas, ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos, encontrareis señales de su beneficencia; por donde quiera que escuchéis, oireis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y

los suspiros que se ecshalan en pos de su memoria. ¡Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer! Mas, ¿qué harémos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acaecimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta á nuestro pesar y desconsuelo?.... Deramemos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras, dejaba confiado á sus discípulos.—*Dije.*

INSCRIPCION

grabada en el sepulcro del Sr. D. Pedro Escobedo.

PETRUS. ESCOBEDO

CHIRURGIA. INSIGNIS

OBIIT

V. CAL. FEB.

MDCCCXLIV.

Este sepulcro se halla en el Panteon de la Merced, al cual se ingresa por la sacristía de la iglesia. La cubierta del sepulcro es de mármol blanco en el centro, con relieves en el tercio superior: los lados son de estuco negro, en medio de cada uno de los cuales hay un adorno dorado: en torno del paralelogramo se ve igualmente una moldura tambien dorada.

FIN.

INDICE.

	<i>Págs.</i>
<i>Prólogo</i>	1
<i>Artículo que con motivo del fallecimiento del Sr. D. Pedro Escobedo, publicaron los Sres. EE. del Siglo XIX.</i>	3
<i>Artículo de un amigo del Sr. Escobedo, que se puso tambien en el Siglo XIX.</i>	6
<i>Don Pedro Escobedo</i>	7
<i>Biografía. Rasgos característicos de Don Pedro Escobedo</i>	10
<i>A Don Pedro Escobedo, al salir su cadáver de Jalapa.</i> ..	17
<i>A la memoria de Don Pedro Escobedo</i>	18
<i>Artículo tomado del Siglo XIX del dia 12 de Febrero.</i>	21
<i>Consuelo de la amistad, tomado del Siglo XIX del 15 de Febrero (poesía)</i>	24
<i>Composiciones colocadas en los lados del catafalco que se levantó en la iglesia de la Merced para las ecsequias del Sr. D. Pedro Escobedo</i>	28
<i>Arengas que se pronunciaron en el colegio de San Ildefonso, y son las siguientes: El Sr. Lic. D. Miguel Atristain por el colegio de abogados</i>	33
<i>El Sr. D. Ignacio Vera, por la academia de Jurisprudencia teórico-práctica</i>	34
<i>El Sr. catedrático D. José María Diez Sollano por el Seminario Conciliar</i>	35
<i>El Sr. catedrático de Jurisprudencia, Lic. D. Mariano Navarro é Ibarra, por el colegio de San Juan de Letran.</i>	36
<i>El Sr. D. Manuel Castro, por el colegio de Minería</i>	37
<i>El Sr. D. Antonio Sein, por el colegio Militar</i>	38
<i>El Sr. Lic. D. Sebastian Lopez, por el colegio de San Gregorio</i>	39
<i>El Sr. Lic. D. Mariano Otero, por la Junta directiva de instruccion pública</i>	41

los suspiros que se ecshalan en pos de su memoria. ¡Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer! Mas, ¿qué harémos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acaecimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta á nuestro pesar y desconsuelo?.... Deramemos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras, dejaba confiado á sus discípulos.—*Dije.*

INSCRIPCION

grabada en el sepulcro del Sr. D. Pedro Escobedo.

PETRUS. ESCOBEDO

CHIRURGIA. INSIGNIS

OBIIT

V. CAL. FEB.

MDCCCXLIV.

Este sepulcro se halla en el Panteon de la Merced, al cual se ingresa por la sacristía de la iglesia. La cubierta del sepulcro es de mármol blanco en el centro, con relieves en el tercio superior: los lados son de estuco negro, en medio de cada uno de los cuales hay un adorno dorado: en torno del paralelogramo se ve igualmente una moldura tambien dorada.

FIN.

INDICE.

	Págs.
Prólogo	1
Artículo que con motivo del fallecimiento del Sr. D. Pedro Escobedo, publicaron los Sres. E.E. del Siglo XIX.	3
Artículo de un amigo del Sr. Escobedo, que se puso tambien en el Siglo XIX.....	6
Don Pedro Escobedo.....	7
Biografía. Rasgos característicos de Don Pedro Escobedo	10
A Don Pedro Escobedo, al salir su cadáver de Jalapa. .	17
A la memoria de Don Pedro Escobedo.....	18
Artículo tomado del Siglo XIX del dia 12 de Febrero.	21
Consuelo de la amistad, tomado del Siglo XIX del 15 de Febrero (poesía).....	24
Composiciones colocadas en los lados del catafalco que se levantó en la iglesia de la Merced para las ecsequias del Sr. D. Pedro Escobedo.....	28
Arengas que se pronunciaron en el colegio de San Ildefonso, y son las siguientes: El Sr. Lic. D. Miguel Atristain por el colegio de abogados	33
El Sr. D. Ignacio Vera, por la academia de Jurisprudencia teórico-práctica.....	34
El Sr. catedrático D. José María Diez Sollano por el Seminario Conciliar	35
El Sr. catedrático de Jurisprudencia, Lic. D. Mariano Navarro é Ibarra, por el colegio de San Juan de Letran.	36
El Sr. D. Manuel Castro, por el colegio de Minería....	37
El Sr. D. Antonio Sein, por el colegio Militar.....	38
El Sr. Lic. D. Sebastian Lopez, por el colegio de San Gregorio	39
El Sr. Lic. D. Mariano Otero, por la Junta directiva de instruccion pública.....	41

	Págs.
<i>El Sr. D. Manuel Robredo, por el Consejo superior de Sanidad.....</i>	43
<i>El Sr. D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle, por la Academia de San Carlos.....</i>	44
<i>El Sr. D. Ignacio Duran, por la compañía Lancasteriana.....</i>	49
<i>El Sr. Jimenez por la Academia de Medicina.....</i>	51
<i>El Sr. Lacunza, por la Academia de Literatura de San Juan de Letran.....</i>	ib.
<i>El Sr. Lic. Lafragua por el Ateneo mexicano.....</i>	54
<i>El Sr. D. Aniceto Ortega, por los alumnos de Medicina.</i>	58
<i>Elogio fúnebre pronunciado por el Sr. D. Manuel Carpio, el día 15 de Febrero.....</i>	60
<i>Poesía compuesta por el Sr. D. Guillermo Prieto.....</i>	71
<i>Contestacion del Sr. D. José María Tornel, á las comisiones que asistieron á los funerales del Sr. D. Pedro Escobedo.....</i>	75
<i>Recuerdos de D. Pedro Escobedo.....</i>	86
<i>A Escobedo: Un recuerdo, (poesía).....</i>	98
<i>A D. Pedro Escobedo. (Soneto).....</i>	99
<i>Honores fúnebres.....</i>	100
<i>A D. Pedro Escobedo.....</i>	104
<i>Oracion fúnebre pronunciada por D. Joaquín Navarro é Ibarra, el día 17 de Febrero.....</i>	106
<i>Contestacion del presidente D. Francisco Ortega del Villar.....</i>	119
<i>Inscripcion grabada en el sepulcro del Sr. D. Pedro Escobedo.....</i>	120



